

Lo humano y lo divino
Metalurgia y cosmogonía
en la América antigua

ANA MARÍA FALCHETTI

AP
arqueología
y patrimonio



AP
arqueología
y patrimonio

Contenido

<i>Prólogo</i>	9
<i>Agradecimientos</i>	13
<i>Introducción</i>	17
Metalurgia y mitología	17
<i>Variedad tecnológica en la metalurgia de la América antigua</i>	32
<i>Metales y energías de colores</i>	116
<i>Lunas de plata y cobre: gestación en el universo</i>	140
<i>Color, brillo, olor, textura y sonido</i>	154
<i>Tecnología, selección y mensaje simbólico</i>	202
<i>Lo humano y lo divino</i>	230
Metales, jerarquías sociales y transformaciones	232
Metales, poder y jerarquías sociales	233
Metales, muerte y transformaciones	240
Metales y supervivencia social	245
Metales y ofrendas	251
Metales, intercambio y continuidad social	261

Notas finales	268
El mensaje simbólico integral	269
English Summary	273
Bibliografía	287

Prólogo

Este libro es el resultado de más de veinte años de investigación sobre la metalurgia antigua del continente americano, y su tema central es el simbolismo de los metales principales y de las técnicas metalúrgicas empleadas por los grupos indígenas.

Los numerosos años de trabajo en el Museo del Oro de Bogotá despertaron y nutrieron la irresistible atracción hacia diferentes temas relacionados con la orfebrería prehispánica, que me llevaron a investigar sobre su contexto cultural y sus relaciones con la metalurgia de otras regiones de América. Allí surgió además un interés creciente por indagar sobre el simbolismo que encerraban esas piezas que no dejaban de sorprenderme, al observar la rica y variada iconografía que sugería todo un mundo simbólico, al tiempo que se abrían las puertas a un mundo sensorial oculto percibido al observar la variedad en las tonalidades de los metales, al tocar las brillantes superficies, o cuando, con Clemencia Plazas, olíamos las piezas para distinguir el olor particular de la tumbaga. ¡Porque la tumbaga tiene un olor distintivo!

El estudio inicial de algunos temas sobre el simbolismo de los metales consignado en mitologías se realizó para presentarlos al público en exposiciones del Museo del Oro y, al profundizar en ellos, desarrollé parcialmente su interpretación en distintos artículos que sirvieron como punto de partida y primer ordenamiento de la información tendiente a la paulatina producción del presente libro (*Lo humano y lo divino: metalurgia y cosmogonía en la América antigua*). Debo destacar también la importancia de dos etapas cruciales en la recolección y ordenamiento de la información y el fructífero

intercambio con profesionales especialistas en distintas áreas: en estas ocasiones tuve la ayuda de las becas de investigación otorgadas por el Metropolitan Museum of Art (Nueva York) y Dumbarton Oaks (Washington).

El estudio presentado en este libro abarca un extenso territorio, desde Norteamérica hasta las zonas más meridionales de Sudamérica, y un amplio espacio temporal de varios milenios correspondiente al desarrollo de la metalurgia en esas regiones. La base del estudio es el análisis de mitos pertenecientes a diversos pueblos indígenas del continente, complementado con información arqueológica, etnográfica y etnohistórica, además de la revisión de trabajos de especialistas en el análisis de las tecnologías utilizadas antiguamente por metalurgos y orfebres indígenas de distintas áreas.

Ante la abundancia, variedad y riqueza de los relatos míticos de diversas regiones revisados a lo largo de muchos años, me vi obligada a realizar una escogencia, y me centré en las mitologías de grupos indígenas particulares (de por sí numerosas) que aportan valiosa información específicamente sobre el simbolismo de metales y metalurgia. Otros mitos fueron considerados en la medida en que contienen datos complementarios para el tema central del trabajo; la misma rigurosa selección se efectuó con los materiales procedentes de la arqueología, la etnohistoria y la etnología. Este procedimiento debía dejar de lado necesariamente información valiosa y seguramente importante para otros investigadores, así como trabajos destacados en estas disciplinas realizados en distintos países, que sin embargo no estaban relacionados directamente con los objetivos de este trabajo, los que exigían realizar esa cuidadosa selección para mantener la coherencia del análisis sobre temas muy concretos.

En la introducción, planteo las líneas teóricas generales que han guiado este trabajo. Además, la interpretación sobre los aspectos simbólicos específicos parte de la información misma, y las referencias a los planteamientos teóricos de otros autores siempre están ligadas a los casos particulares que examino en relación con cada tema, y a las orientaciones de mi análisis. Los lectores involucrados en el estudio de temas antropológicos podrán opinar si las propuestas ofrecidas en este libro se ajustan a planteamientos teóricos de la antropología actual, y ojalá otros investigadores retomen, profundicen, rebatan o corroboren los análisis aquí presentados.

En el continente americano, la metalurgia, de una variedad y sofisticación sorprendentes en cuanto a las tecnologías utilizadas, se desarrolló en diversas regiones durante muchos siglos. Es por esto que fue necesario

presentar, en el primer capítulo (“Variedad tecnológica en la metalurgia de la América antigua”), una síntesis de las tecnologías representativas en las áreas donde existió y cobró fuerza la metalurgia; para ello se utilizó un amplio cuerpo de información arqueológica y de arqueometalurgia actualizada, centrada necesariamente en las manifestaciones culturales directamente relacionadas con el desarrollo y utilización de las tecnologías metalúrgicas. Este capítulo intenta presentar ese desarrollo tecnológico de manera sencilla y rigurosa, y ofrecer al lector una síntesis panorámica, por demás necesaria para poder tratar los temas incluidos en los capítulos siguientes.

Estos capítulos analizan aspectos particulares del simbolismo de metales y técnicas metalúrgicas en la América antigua, aunque íntimamente relacionados para conformar entre todos una interpretación del mensaje simbólico integral. Los numerosos datos recopilados permitieron buscar, en medio de la diversidad, ciertas constantes para establecer los hilos conductores del estudio; estas constantes se refieren básicamente a la manera particular de interpretar el mundo de los pueblos indígenas, lo que permite hallar principios básicos que trascienden culturas individuales, en cualidades inherentes a los metales y la metalurgia.

El segundo capítulo (“Metales y energías de colores”) introduce el tema de la relación simbólica de los metales basada en la cosmogonía, y destaca su asociación con las energías y los estratos del universo, y cómo estos se transmiten a sus propiedades primarias, especialmente al color, cualidades que serán luego transformadas simbólicamente mediante los procesos metalúrgicos.

El tercer capítulo (“Lunas de plata y cobre: gestación en el universo”) analiza las propiedades simbólicas de los metales en su relación con los ciclos de los astros. Los orígenes de la vida en el universo se interpretan como una gestación ancestral protagonizada por el sol y la luna como pareja cósmica. Se estudia especialmente el vínculo del oro con las cualidades básicas del sol, como por ejemplo sus tonalidades o su incorruptibilidad, y del cobre y la plata con las propiedades de la luna en una variedad de contextos y con las etapas de su ciclo.

El cuarto capítulo (“Color, brillo, olor, textura y sonido”) estudia estas propiedades en su relación con energías cósmicas, y la manera como los metalurgos y orfebres manipulaban simbólicamente esas cualidades mediante las técnicas utilizadas para trabajar los metales, y reproducían de esta manera los orígenes de la vida y el ordenamiento ancestral del universo.

El quinto capítulo (“Tecnología, selección y mensaje simbólico”) analiza la manera como determinados complejos tecnológicos favorecieron técnicas específicas en la manufactura y acabado de las piezas de metal, y cómo éstas reproducen elementos relacionados con el surgimiento de la vida, la gestación, la continuidad de la vida y la regeneración.

El sexto capítulo (“Lo humano y lo divino”) presenta algunos ejemplos que ilustran las interpretaciones simbólicas del trabajo, y la manera como las propiedades de metales y técnicas, según la selección de pueblos indígenas particulares de acuerdo con su cultura y cosmovisión, están en la base de la función social de variados elementos utilizados en determinados contextos.

Fue necesario, además, realizar una larga y minuciosa búsqueda para escoger fotografías de alta calidad, a todo color, de objetos de orfebrería que ilustraran fielmente colores, texturas, brillos y otras cualidades de los metales examinadas en el texto desde la perspectiva simbólica y esenciales para ilustrar y apoyar los argumentos presentados, así como algunas imágenes relativas a técnicas empleadas en el trabajo de los metales.

Mi objetivo principal al elaborar este libro ha sido aportar a los lectores especialistas (estudiantes y profesionales involucrados en estos temas) un texto que ojalá suscite debate y estimule la discusión productiva, y que contribuya así a favorecer el avance de la investigación. El libro va dirigido además a los lectores no especialistas que pudieran interesarse en estos temas; de allí el esfuerzo para escribir el texto en un lenguaje sencillo y directo, que se espera que sea accesible a estos lectores y que contribuya, de esta manera, a la divulgación de una visión panorámica del desarrollo de tecnologías metalúrgicas antiguas en el continente, y de una interpretación particular sobre su simbolismo.

Ana María Falchetti

Junio del 2017

Agradecimientos

Siempre he guardado un sentimiento de gratitud hacia los compañeros de trabajo que me acompañaron en distintos momentos durante los largos años en el Museo del Oro de Bogotá, quienes compartieron conmigo el entusiasmo y el interés por indagar y aprender sobre el mundo maravilloso de la orfebrería precolombina.

Durante esos años, también fueron fuente de aprendizaje sobre el mundo indígena los trabajos de Gerardo Reichel-Dolmatoff, Roberto Pineda Camacho, Jorge Morales, Luis Guillermo Vasco y otros antropólogos, fundamentales para avanzar en el estudio de las mitologías indígenas, y los de Heather Lechtman sobre las tecnologías de la metalurgia en América.

Ann Osborn, al introducirme a fondo en el mundo cautivante de la mitología y la vida de los uwas, selló definitivamente mi interés por profundizar en el estudio del simbolismo de la metalurgia antigua desde las mitologías.

Al realizar mis primeros tímidos intentos para escribir sobre estos temas, debo destacar y agradecer la ayuda de Stephen Hugh-Jones, quien me brindó sus comentarios, me estimuló para continuar con estas investigaciones y, como buen maestro, me recomendó una muy nutrida bibliografía.

Durante los años que vieron la “gestación” de este libro con la recolección y ordenamiento de la información, debo agradecer el importante apoyo de Julie Jones y Jeffrey Quilter, durante mis fructíferas estadías en el Metropolitan Museum of Art y en Dumbarton Oaks.

Quiero expresar mi reconocimiento, por su cortesía, a las instituciones que me facilitaron fotografías de objetos pertenecientes a sus colecciones para incluir en el libro:

- Museo del Oro-Banco de la República (Bogotá)
- The Metropolitan Museum of Art (Nueva York)
- Fundación Museos del Banco Central de Costa Rica
- Reserva Arqueológica de Quito-Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador
- The Cleveland Museum of Art (Ohio)
- División de Arqueología, Museo de La Plata (Argentina)

Además, debo un especial agradecimiento a quienes generosamente ayudaron con la obtención de fotografías e información para este libro:

- Susan Bergh (curadora de arte precolombino y arte nativo norteamericano, The Cleveland Museum of Art, Ohio).
- Christopher Donnan (Profesor Emeritus, Departamento de Antropología, University of California, Los Ángeles).
- James Doyle (curador asistente, arte de América antigua, Departamento de las Artes de África, Oceanía y las Américas, The Metropolitan Museum of Art, Nueva York)
- Régulo Franco J. (Director pacheb-Museo Cao, Fundación Wiese. Perú)
- Luis R. González (Universidad de Buenos Aires- idecu)
- Dorothy Hosler (Massachusetts Institute of Technology, Dept. of Materials Science and Engineering)
- Eugenia Ibarra (Universidad de Costa Rica, San José)
- Julie Jones (Curadora Emeritus, The Metropolitan Museum of Art, Nueva York)
- Ana María Llamazares (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de Argentina [Conicet], Buenos Aires)
- Roberto Lleras (Academia Colombiana de Historia, Bogotá)
- Carlos Martínez Sarasola (Instituto y Maestría en Diversidad Cultural, Universidad Nacional de Tres de Febrero, Buenos Aires)
- Priscila Molina (curadora arqueología, Fundación Museos del Banco Central de Costa Rica, San José)
- Guiomar Nates-Parra (Departamento de Biología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá)

- Gustavo Politis (Incuapa-Conicet, Universidad del Centro de la provincia de Buenos Aires)
- Estelina Quinatoa (curadora Reserva Arqueológica de Quito, Dirección de Museos y Sitios Arqueológicos, Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador)
- Clark Manuel Rodríguez (Fotógrafo, Museo del Oro, Bogotá)
- Juanita Sáenz Samper (jefe de Registro, Museo del Oro, Bogotá)
- Cristina Uribe H. (gerente, Ediciones Cristina Uribe Hurtado, Bogotá)
- María Alicia Uribe V. (directora, Museo del Oro, Bogotá)
- Virginia Vargas (directora ejecutiva, Fundación Museos del Banco Central de Costa Rica)

[15]

Agradecimientos

Mark Rasmussen revisó el texto correspondiente al resumen en inglés, y mi agradecimiento también a quienes con especial cuidado colaboraron con las ilustraciones: Melba Rodríguez de León y Luis Guillermo León con los dibujos, y Felipe Castro Borrás con los mapas. Agradezco además a José Antonio Carbonell, por su permanente interés y consejo.

Ana María Falchetti



Introducción

Metalurgia y mitología

La metalurgia antigua del continente americano, con varios milenios de desarrollo, es notable por su variedad y su extensa dispersión. Los hallazgos de objetos metálicos y la información aportada por la arqueología y por fuentes históricas de la época del contacto europeo, señalan cómo piezas de metal fueron utilizadas desde el área andina de Sudamérica hasta las tierras del ártico y subártico de Norteamérica, y de la zona costera del océano Pacífico a las regiones norteñas y orientales de Sudamérica en el Caribe, la cuenca del Orinoco y la Amazonia.

A lo largo de los siglos, numerosas técnicas metalúrgicas fueron perfeccionadas en el área y, ante una amplia gama de posibilidades, las preferencias de los diferentes grupos humanos se expresaron en el énfasis dado a metales y tecnologías particulares. Desde las primeras manifestaciones de la metalurgia del oro —que ya era conocida en la zona andina del sur de Perú desde el cuarto milenio antes de era cristiana¹— el trabajo de este metal alcanzó progresivamente una amplia distribución, mientras que la

¹ Piezas laminares de oro de esa antigüedad fueron halladas en contextos arqueológicos en el sitio de Jiskairumoko, cerca de Puno en la región del lago Titicaca, Perú (Aldenderfer *et al.*, 2008). Se trata de la orfebrería más antigua conocida hasta el momento en Sudamérica.

[18]

plata, también utilizada en la región de los Andes sudamericanos desde esos tiempos antiguos, tuvo una dispersión más restringida, y el platino solamente fue trabajado en la zona pacífica de Sudamérica. Por su lado, el cobre, utilizado en los Andes y en Norteamérica desde varios milenios antes de los comienzos de la era cristiana, se convertiría, con el tiempo, en la base de la metalurgia americana; fue empleado —en su estado metálico primario (nativo) o bien extraído de minerales de cobre, y también, combinado con otros metales para producir variadas aleaciones— en toda la extensión del continente dedicada a la metalurgia.

La variedad y sofisticación tecnológicas alcanzadas en muchas regiones señalan el profundo conocimiento de numerosas comunidades indígenas sobre las propiedades de distintos metales y de las múltiples posibilidades que ofrecían en cuanto a mezclas, transformaciones y técnicas para manufacturar diversos objetos. Esa sofisticación también muestra la existencia de largos siglos de experimentación, que debieron existir distintos centros de innovación y que, durante milenios, la transmisión del conocimiento metalúrgico estimularía su adopción y desarrollo por parte de numerosos pueblos indígenas. Esta transmisión se realizaría fundamentalmente entre zonas contiguas, según el “modelo en cadena” propuesto por Warwick Bray (1984) para explicar los contactos y el intercambio cultural entre pueblos antiguos unidos como los eslabones de una cadena aunque, en algunos casos, también pudieron darse intercambios en largas distancias. En ciertas regiones, la expansión de imperios impuso las escogencias de los dominadores a las áreas sometidas, sin que por esto desaparecieran las preferencias locales fruto de largos siglos de desarrollo y arraigo.

A partir de la progresiva acumulación de conocimiento sobre distintas tecnologías, las elecciones locales privilegiaban unas sobre otras que, a pesar de ser conocidas, fueron utilizadas en menor grado. Metales y técnicas específicos eran combinados e integrados en conjuntos tecnológicos únicos para producir variados objetos que se convertían en sus manifestaciones tangibles.

Las tecnologías constituyen maneras especiales de utilizar y manipular el entorno y, por ende, el entorno mismo ofrece posibilidades y limitaciones que influyen en la selección de ciertos metales y técnicas. Sin embargo, es evidente la importancia primordial de lo cultural en estas escogencias, ya que la cultura integra la interrelación de todos los factores naturales,

económicos, políticos, religiosos e ideológicos que definen a una sociedad particular.

El reconocimiento de la relación indisoluble entre la tecnología, el ordenamiento social y la reproducción de los valores culturales ha hecho posible la orientación antropológica de los estudios desarrollados desde hace décadas, enfocados hacia “la construcción social de las tecnologías” y a un estudio integral que considere la manera como estas abarcan todos los aspectos de la acción humana sobre la materia. Han sido esenciales los aportes de la escuela francesa sobre la “tecnología cultural” desde los estudios de A. Leroi-Gourhan (1971 [1943], 1973 [1945]), quien se centró en el tema de las “cadenas operativas” (*chaînes opératoires*), es decir las secuencias específicas que involucra un comportamiento tecnológico, desde la escogencia de las materias primas hasta las técnicas y los sistemas de elaboración empleados. Posteriormente, Pierre Lemonnier (1986, 1992, 1993), siguiendo esa tradición que ha sido desde entonces retomada por una serie de autores², profundizó en la determinación de las etapas que definen las cadenas operativas: la materia misma, la energía involucrada en su transformación, los utensilios utilizados, los elementos que conforman las etapas de una secuencia tecnológica y, finalmente, el conocimiento, que involucra las escogencias individuales o sociales y que moldea la acción tecnológica. Por demás, subrayó un aspecto fundamental, como es la selección, es decir, el por qué una sociedad escoge una tecnología particular y no otra, y destacó la importancia del contexto cultural en estas preferencias.

Así, el significado cultural y social no solo incumbe a los objetos producidos, sino también al proceso tecnológico en sí mismo en todas sus etapas. Como señalaban M. Dobres y C. Hoffman (1994), la identificación empírica de los atributos técnicos, de las secuencias y de la cadena operativa, ayuda a la comprensión “antropológica” de las tecnologías antiguas; esa actividad se orienta no solo a obtener resultados materiales, sino también simbólicos (Gell 1988, 6). El comportamiento tecnológico de una sociedad específica incluye aspectos técnicos y no técnicos y abarca necesariamente elementos religiosos y simbólicos, ya que, como advertía Marcel Mauss (1990 [1950]), las tecnologías constituyen un fenómeno social total que es, simultáneamente, material, social, político y simbólico.

2 Entre los autores que han analizado estos temas, podemos citar a Pfaffenberger (1992), Dobres (1999), Dobres y Hoffman (1994).

En el caso de la metalurgia de la América antigua, Heather Lechtman (1985, 25) se refiere a las “tecnologías del poder” y a “la metalurgia de la comunicación” porque “los campos que más estimularon la producción metalúrgica en el continente y las técnicas preferidas fueron el estatus social, las relaciones de poder y la comunicación de ideas religiosas”. Así, el contenido simbólico de una tecnología reside en los patrones que organizan la escogencia de técnicas específicas y repetitivas, y que pueden ser reconocidos en el estudio tecnológico de los objetos mismos. Esta expresión manifiesta de las normas que guían el comportamiento tecnológico, interrelacionada con las relaciones sociales, define lo que esta autora denominó un “estilo tecnológico” (Lechtman 1977, 1984). Cada sociedad seleccionaría tecnologías particulares —desarrolladas localmente o recibidas de otras comunidades— para reciclarlas, mezclarlas y crear su propio “estilo tecnológico” con un lenguaje simbólico propio.

Sin embargo, un estilo tecnológico es parte de un conjunto mayor, ya que se une a las formas, la iconografía y las funciones específicas de los objetos para definir estilos de orfebrería que se vinculan a la cultura y al orden social de pueblos particulares. El estudio de los procesos tecnológicos debe unirse entonces al conocimiento arqueológico e histórico sobre comunidades del pasado, ya que los estilos tecnológicos particulares formaron parte de contextos histórico-culturales específicos que no pueden desligarse, además, de los sistemas de creencias que actuaban como soporte de la producción de artefactos, de las técnicas empleadas y de la función social de los objetos.

Al incursionar en el contexto simbólico, necesariamente nos referimos al sistema de pensamiento, y por esto surge la importancia del estudio sistemático de las cosmovisiones como punto de partida en un intento por acercarnos a la interpretación indígena de los fenómenos que regían, no solo las tecnologías, sino todos los aspectos de su vida. Mediante el estudio simultáneo de mitologías contemporáneas, fuentes históricas e información arqueológica, podemos buscar ciertos fundamentos básicos de las mitologías como manera particular de interpretar y comprender el mundo, que existen a pesar de variadas influencias que han modificado gradualmente las interpretaciones que una comunidad realiza de sus propios mitos y creencias.

En el estudio de la metalurgia y de todas las manufacturas de pueblos no occidentales y preindustriales, debemos incursionar en la visión del mundo de estos pueblos fundamentada en la percepción mítica de la realidad, que no opera mediante un proceso intelectual, con clasificaciones y conceptos

abstractos y lineales, como lo hace el pensamiento occidental según su orientación positivista y racional. La percepción mítica de la realidad se basa en un conocimiento intuitivo y ancestral que da sentido a la experiencia y pertenece a la esfera de lo espiritual.

El pensamiento mítico interpreta el mundo como una realidad multidimensional, absoluta e indivisible y une indisolublemente al ser humano con su entorno y con lo sagrado. El hombre es parte de la naturaleza y el cosmos y participa de un sistema que trasciende el nivel individual y social; todos los elementos de la realidad están íntimamente ligados; por esto deben ser explicados y manejados de manera integral para conciliar sus contradicciones.

Esta visión totalizadora, integradora y holística del pensamiento mítico contrasta con la visión utilitaria de la naturaleza favorecida por el mundo occidental que justifica el dominio del hombre sobre el medio natural —en el cual fundamenta sus nociones de progreso y desarrollo— con su predilección por lo individual y lo privado, con la división de la realidad en múltiples segmentos o compartimientos aislados unos de otros, y con el sistema analítico que favorece el estudio separado e individual de cada parte o segmento. Es por esto que al incursionar en el sentido simbólico de la metalurgia y demás manifestaciones de los pueblos indígenas, las mitologías, en las que está consignada su visión del mundo milenaria, se convierten necesariamente en el punto de partida de este estudio.

Más allá de la variedad de mitologías locales ligadas a contextos socioculturales específicos, es posible desentrañar principios y líneas de pensamiento básicos fundamentados en la naturaleza misma del pensamiento mítico, que tendrían que ver con las “formas universales de simbolismo” y con las “estructuras mentales básicas” propuestas por Dan Sperber (1977, 1988).

Así, podemos hablar de una “percepción mítica” de la realidad que se fundamenta en la “ley natural” que guía el orden del universo según los patrones de movimiento cíclicos del cosmos y de la naturaleza, el flujo de energía y la armonía del ritmo vital alimentados por la energía primigenia que fluye en todos los seres y elementos.

La ley natural, al asegurar el orden del universo, estructura la existencia humana y legitima la organización social. Es por ello que, en el pensamiento mítico, la cosmogonía, como explicación del origen, interrelaciones y evolución de las fuerzas naturales, se constituye en la estructura que guía todos los aspectos de la vida humana. La función primordial de los seres humanos es entonces descubrir, comprender y conservar ese orden

sagrado mediante el aprendizaje de cómo la ley natural, expresada en la cosmogonía, debe manifestarse en el mundo terrenal para así lograr una relación correcta con la totalidad, en esa búsqueda constante del balance en la interacción de la gente con la naturaleza y el cosmos. Así lo explicaba Robert Joseph, un jefe indígena del noroeste de Norteamérica: “Al envejecer y al entrar en la fase final de mi vida, veo las cosas desde la perspectiva de un mayor. Veo el brillo de la sociedad que crearon nuestros ancestros. Veo como ellos cumplieron con la necesidad de balance, armonía y propósitos en el mundo” (Joseph 2006, 13)³.

Cada grupo indígena explica de manera particular esta visión totalizadora del pensamiento mítico que fundamenta el equilibrio de la vida en el universo según los dictámenes de la ley natural. En palabras de los ojibway⁴, de las llanuras (*woodlands*) nororientales de Norteamérica, ese equilibrio debe darse entre los cuatro “órdenes de la creación”:

Hay cuatro órdenes en la creación. El primero es el mundo físico; el segundo el mundo de las plantas; el tercero, el animal; finalmente, el mundo humano. Las cuatro partes están tan entrelazadas que construyen la vida y la totalidad de la existencia... Ninguna es autosuficiente o completa: cada una deriva su significado y cumple su función y propósito en el contexto de la totalidad de la creación. [...] cada orden debe atenerse a las leyes que gobiernan el universo y el mundo [...]. Todos dependen del mundo físico. El lugar y la existencia de cada orden están predeterminados por las grandes leyes de la armonía. Es solamente por las relaciones de los cuatro órdenes que el mundo tiene sentido; no lo tendría si no estuviera gobernado por una

3 Traducción propia.

4 A lo largo del texto, se usan los nombres de los pueblos indígenas contemporáneos tal como se conocen comúnmente por haber sido usados repetidamente en la literatura antropológica y en materiales de divulgación. Se tomó esta decisión para mayor claridad del lector no familiarizado con los temas antropológicos, más aún cuando en el texto se habla de pueblos indígenas de variadas regiones del continente. Sin embargo, estos nombres muchas veces no corresponden al apelativo con el cual esas comunidades se designan a sí mismas. En estos casos, la primera vez que nombro a un grupo particular en el texto, incluyo su autodenominación en nota de pie de página, y en ocasiones se añaden algunas aclaraciones complementarias sobre su ubicación y otras particularidades. Ojibway, ojibwe, ojibwa. Comunidades indígenas que pertenecen a un grupo cultural más amplio, denominado anishinaabeg, que se extiende en el oriente de Canadá y Estados Unidos. Están relacionados con los grupos denominados algonquinos, según la familia lingüística de este nombre.

ley inmutable. Para el bienestar de todos debe haber armonía en el mundo obtenida de la observancia de esta ley (Johnston 2005, 21)⁵.

Y así explican los uwas, habitantes indígenas de la Sierra Nevada del Cocuy, en la cordillera oriental colombiana, el respeto y observancia de la ley natural:

El respeto a lo vivo y a lo no vivo, a lo conocido y a lo desconocido hacen parte de nuestra ley. Nuestra misión en el mundo es narrarla, cantarla y cumplirla para sostener el equilibrio del universo... Nuestra ley es tan antigua como la misma tierra, nuestra cultura se ha organizado siguiendo el modelo de la creación; por eso nuestra ley es no tomar más de lo que se necesita, y es también la misma en todas partes porque es la ley de la tierra, y la tierra es una sola” (Cobaría 1998).

Los ciclos cósmicos y naturales marcados por la gestación, crecimiento, madurez, deterioro, muerte y regeneración de todos los seres, expresados en los ciclos recurrentes de los astros y en los cambios estacionales de la naturaleza, también determinan la particular concepción del transcurrir del tiempo entre los grupos indígenas que no se considera como un camino lineal del pasado hacia el presente y el futuro, sino circular y eterno. El pasado no se interpreta como algo remoto, distante; está presente en todo momento y esto determina la unión permanente de la gente con el mundo ancestral y con sus antepasados, que se convierten en la guía para la vida de los humanos, quienes pueden acceder a ese mundo en la búsqueda de enseñanzas para regir sus destinos. El tiempo circular nos recuerda además que, en la historia de la humanidad, el círculo siempre ha sido símbolo de totalidad, de la unión e interconexión de todas las facetas de la realidad⁶. Por ello, en el continente americano, el círculo, como concepción de la totalidad, ha sido el fundamento de la medida del tiempo para establecer un calendario o de la organización de

[23]

Introducción

5 Traducción propia.

6 Estos conceptos, se expresan en el *mandala* del tantrismo hindú y budista; se trata de un diagrama geométrico simbólico que representa la expansión y contracción del universo en relación con un punto central. En sánscrito, *mandala* quiere decir “círculo sagrado” y además significa “rueda y totalidad”. Los mandalas generalmente contienen otros símbolos que varían según la cultura específica.

danzas rituales de muchas comunidades indígenas que se desarrollan siguiendo un modelo circular (Martínez Sarasola 2004, 34-35).

El conocimiento ancestral, primigenio, sagrado y espiritual es alcanzado por los iniciados, los líderes religiosos y espirituales —sacerdotes y chamanes—, y los caciques, quienes también poseen conocimientos sagrados (Pineda Camacho 2000, 35); ellos pueden acceder a ese conocimiento al trascender su condición racional para identificarse, mediante una experiencia extática, mística, con una realidad absoluta, sobrenatural. Mediante la meditación, el ayuno, los sueños, los cantos rítmicos y el uso ritual de alucinógenos, el iniciado “viaja” a otros niveles del universo de la misma manera que realiza un viaje al fondo de sí mismo a través de distintos niveles de consciencia. El “ve” esa realidad absoluta, primordial, en la cual se unen tiempo y espacio; “ve” el orden del universo compuesto por un sinnúmero de elementos cuya interacción dinámica y armónica asegura el fluir de la vida misma según la ley natural.

Con el conocimiento ancestral, los iniciados —sacerdotes, chamanes o caciques— manipulan las fuerzas vitales para propiciar su curso. Esta creencia de que los humanos son capaces de intervenir en los procesos naturales para proteger el desarrollo y permanencia de la vida —que sería, como lo planteó James Frazer (1978), la definición misma de *magia*— está en la base de las múltiples actividades de los seres humanos y es fundamental en el análisis de los contenidos simbólicos que subyacen a la metalurgia americana.

En este orden de ideas, el ordenamiento primordial del universo y los orígenes de la vida se interpretan como una “gestación ancestral” protagonizada principalmente por el sol y la luna como pareja cósmica, unión que dio origen a los ritmos cíclicos del universo y la naturaleza, cuyo continuo devenir asegura el equilibrio, la continuidad de la vida y la regeneración.

Al seguir este modelo, la gente divide el año en estaciones según los ciclos de los astros, en especial los movimientos del sol a lo largo del año marcados por solsticios y equinoccios⁷, y los consecuentes cambios climáticos,

7 El lugar por donde asoma el sol en el horizonte se desplaza, a lo largo del año, entre dos puntos extremos: los solsticios. El punto a la extrema izquierda es el solsticio de verano, que ocurre el 21 de junio, al cual corresponden el día más largo y la noche más corta del año. El sitio a la extrema derecha, es el solsticio de invierno, que tiene lugar el 21 de diciembre, y al cual corresponden el día más corto y la noche más larga del año. En el desplazamiento del lugar de salida del sol de izquierda a derecha, entre el solsticio de verano y el solsticio de invierno, hay un punto central que corresponde al equinoccio de primavera, que marca la transición entre el invierno y la primavera, y tiene lugar el 21 de marzo. En el desplazamiento de derecha a izquierda, el punto central corresponde al equinoccio de otoño, que señala la

periodos que se subdividen según el ciclo de la luna que guía los ritmos de vida. A esto se añaden las asociaciones del movimiento diario del sol entre el día y la noche, entre la luz y la oscuridad, que se interpreta como un viaje a través de distintos mundos, según la concepción del universo formado por estratos —el mundo de arriba, el mundo del medio (tierra) y el mundo de abajo— generalizada entre numerosos pueblos indígenas del continente; este modelo circular de medición del paso del tiempo se complementa además con la división y orientación cuatripartita del espacio según los puntos cardinales, también regida por un concepto totalizador.

Los movimientos recurrentes del sol y la luna se articulan con los ciclos biológicos en un calendario que guía todas las actividades económicas, sociales y ceremoniales de la gente durante el año. Como expresión de esos movimientos recurrentes que determinan la continuidad de la vida, el calendario también se visualiza con forma circular, como expresión de la totalidad, manifestada en el continuo formado por cuatro estaciones que giran alrededor de un punto central: el *axis mundi*, que también une los distintos estratos del universo y las cuatro partes en que se divide el mundo según los puntos cardinales. El centro también encierra el concepto de totalidad, frecuentemente asociado con la idea del centro u “ombligo” del mundo, y en ciertos casos con el punto de unión del cielo y la tierra (Martínez Sarasola 2004, 35).

El surgimiento de la vida en el tiempo primigenio, el modelo cósmico y la ley natural constituyen el conocimiento ancestral, espiritual y sagrado de los iniciados que es transmitido mediante el lenguaje de los mitos, con su riqueza de símbolos y metáforas, sus situaciones mágicas, con frecuencia ambiguas y paradójicas, que expresa múltiples facetas de una realidad absoluta e indivisible y que presenta su propia estructura y coherencia. En los relatos, las actuaciones de las deidades o seres inmortales y demás personajes míticos son creaciones de la mente que expresan múltiples facetas de una realidad absoluta e indivisible, y son los vehículos para transmitir creencias basadas en experiencias extáticas. La “lógica” del relato mítico se encuentra en su misma naturaleza, ya que expresa la manera como el mundo es percibido en estados de conciencia no ordinarios, en una iluminación espiritual.

transición entre el verano y el otoño, y que ocurre el 21 de septiembre. Los intervalos de luz y oscuridad (día y noche) en los días de equinoccios son iguales.

Ante la presencia de sistemas de pensamiento que explican el mundo y todos los aspectos de la vida según la percepción mítica de la realidad, se hace evidente la importancia de considerar las mitologías como punto de partida en un intento por aproximarnos al trasfondo simbólico de la metalurgia indígena, ya que esta, como todas las expresiones de estos pueblos, se fundamenta en la unidad absoluta y lo técnico no puede separarse de lo sagrado, lo espiritual y lo primigenio.

Mircea Eliade (1974), el gran historiador de las religiones, analizó el fundamento simbólico, cosmogónico y mágico de la metalurgia entre sociedades antiguas y contemporáneas del Viejo Mundo, en un intento por “penetrar su universo mental”. En esta misma línea, se destacan los trabajos sobre la metalurgia del hierro y del cobre en el África subsahariana⁸. En el continente americano, podemos mencionar estudios que destacan elementos simbólicos particulares de la metalurgia en casos concretos y que analizan paralelamente aspectos de las cosmovisiones indígenas locales: la investigación de Dorothy Hosler (1994) sobre la tecnología de la metalurgia antigua del occidente de México y sus vínculos simbólicos con el color y el sonido; el estudio iconográfico e interpretativo de Gerardo Reichel-Dolmatoff (1981, 1988) de la metalurgia prehispánica de Colombia en su relación con el chamanismo; los trabajos publicados por la Fundación Desdeamérica (2004) que analizan el contenido simbólico de la platería mapuche de Chile y Argentina; las investigaciones de Alberto Rex González (1979, 1992, 2004) sobre la iconografía de los broncees del noroeste argentino, su contexto mitológico y su influencia en el mundo andino; los trabajos de Luis R. González (2004a, 2004b, 2007, 2012) que incursionan en la simbología de la metalurgia del bronce en esa región; el estudio de Amelia Trevelyan (2004) sobre el uso ritual y la importancia espiritual de la metalurgia del cobre entre algunos grupos indígenas de Norteamérica; las investigaciones de George Hamell (1992, 1995), en relación con el color y el brillo entre los iroqueses y otros grupos del noroeste de Norteamérica.

En el contexto de la diversidad cultural y del sinnúmero de mitologías locales, podemos buscar principios cosmogónicos básicos y una estructura simbólica que integra variadas interpretaciones regionales. Las cualidades

8 Véanse, por ejemplo, de Maret (1980), Richards (1981), Herbert (1973, 1984), van der Merwe y Avery (1987), Njoku (1991), Rowlands y Warnier (1993), Collet (1993), Reid y MacLean (1995) entre otros.

simbólicas de metales y técnicas metalúrgicas y la manera como estas se expresan en lo social deben ser analizadas en el contexto de transformaciones y regeneración cíclica. Los metalurgos antiguos manipulaban las propiedades simbólicas de los metales y realizaban un acto de creación que reproduce el ordenamiento del universo, el ciclo de vida del mundo natural y el desarrollo embrionario de los humanos.

Esto nos aproxima al análisis de M. Eliade (1974) en el caso de antiguas comunidades del Viejo Mundo, quienes percibían los metales como embriones, como elementos vivos que se desarrollaban y maduraban en el útero de la Madre Tierra bajo la influencia de los astros; mediante los procesos metalúrgicos los humanos reemplazan y dan continuidad a este proceso natural. Esta suplantación y aceleración del desarrollo de los minerales es vista como resultado de un poder mágico, espiritual y sagrado que implica el manejo de los elementos naturales, y especialmente del fuego, cuyo control permite cambiar el estado de la materia en un proceso que no solamente suplanta los procesos naturales de la Madre Tierra, sino que puede recrearlos indefinidamente. De esta manera, los humanos acceden al mundo ancestral y pueden recrearlo para proteger y propiciar la continuidad de la existencia. Las transformaciones realizadas por los metalurgos y demás artesanos reproducen entonces el ordenamiento cósmico a partir de una existencia primigenia, indiferenciada, no humana, anterior al surgimiento de la gente en el mundo.

Ese origen ancestral explica por qué, en la identificación de los metales, es común la indefinición entre lo mineral, lo vegetal y lo animal. Según los emberas del occidente colombiano, el oro puede ser “criado” como el maíz y *Porré* —ser mítico identificado como la Madre del Oro— es árbol y animal a la vez, transforma en oro todo lo que come y también se convierte en este metal al morir. Otro ser mítico, *Costé*, se visualiza como un monstruo hecho de oro, dueño del mineral y como un ser antropófago que puede convertirse en tigre (Vasco 2001a, 20-21, 24). *Costé* se relaciona con los antepasados primitivos míticos de los emberas, seres mitad hombre y mitad animal: los *burumiás*, mineros que utilizaban sus manos como aspas para sacar el oro de los filones y los *carautas*, dueños del oro y orfebres; aquellos seres fueron destruidos por incestuosos y antropófagos (Betania 1964, 55; Vasco 1985, 56, 95-96), características no humanas y no sociales por excelencia. Los relatos

de los guambianos⁹, habitantes de la zona andina del suroccidente de Colombia, por su lado, hablan del oro tanto como de un vegetal que sus ancestros sembraban, amasaban y cocinaban, como de un mineral que proviene de minas (Vasco 2001b, 15).

En efecto, veremos cómo, en el continente americano, los minerales eran vistos como embriones o “semillas” que producen un “germen de vida” por medio de los procesos metalúrgicos; la tarea de los trabajadores de los metales era lograr, mediante la transformación de la materia, la continuidad de la semilla en todo el ciclo de vida, en la naturaleza, el universo y la sociedad.

Los metales pertenecen entonces a ese mundo primordial anterior al surgimiento de la gente que va de la mano con el establecimiento de las normas sociales que definen la humanidad; de esta manera, metalurgos y artesanos reafirman el orden esencial de la vida humana y las normas del comportamiento social (Lévi-Strauss 1988; Helms 1979, 75-80) al interactuar con distintas dimensiones que unen lo social con lo ancestral, lo cósmico y lo sagrado, lo que les confiere un poder especial comparable al de los chamanes, sacerdotes o caciques.

Los principios cosmogónicos y las transformaciones ligadas al ritmo cíclico de la vida influirían en la escogencia de tecnologías particulares en diferentes etapas del proceso de elaboración de los objetos de metal, como son la selección de metales y aleaciones particulares y las técnicas de manufactura y de acabado, las cuales, en conjunto, definen “estilos tecnológicos” particulares que contienen un mensaje simbólico integral. Los objetos producidos en estos contextos simbólicos encerraban también una realidad multidimensional y su poder, derivado de energías cósmicas, era transmitido a los humanos y guiaba su función en contextos específicos. En otras palabras, y como lo planteaba Alfred Gell (1988, 7-8), el “pensamiento mágico” formaliza los rasgos básicos de la actividad técnica, al imponer una estructura que organiza y regula cada estadio sucesivo de un proceso complejo. Además, codifica los procedimientos técnicos en un nivel simbólico y guía todo el proceso tecnológico de principio a fin porque orienta la imagen ideal de lo que el producto final debe ser.

Este trabajo analiza específicamente el simbolismo de los metales y tecnologías principales utilizados en la América antigua. La búsqueda de

9 Guambianos, autodenominación: *misak*.

información sobre variadas cosmogonías locales y sus expresiones sociales y rituales en el caso de comunidades del pasado debe incluir las fuentes históricas y la información arqueológica que contiene las expresiones materiales de esas creencias.

A partir de la colonización europea, cuando el mundo occidental irrumpió en un continente donde se pensaba distinto, los pueblos indígenas del continente americano han transformado sus antiguas creencias para ajustarlas a momentos históricos particulares y para reinterpretar su cultura en medio de un mundo cambiante. Esto no ha borrado la percepción mítica de la realidad, como fundamento de un pensamiento ancestral oculto bajo siglos de transformación. Las mitologías de muchos pueblos indígenas contemporáneos tienen importantes referencias a metales y metalurgia. Al tomarlas como base de un análisis simbólico, es necesario aclarar que no se trata de realizar extrapolaciones directas que ignoren las transformaciones de las creencias indígenas como ajuste a distintos momentos históricos y situaciones locales. Por el contrario, es posible extraer, de esta extraordinaria variedad de relatos, los principios básicos que rigen el pensamiento mítico y que muchas mitologías reelaboraron con múltiples interpretaciones y transformaciones.

El estudio de variadas mitologías es el punto de partida para intentar una aproximación a la interpretación indígena del simbolismo de metales y metalurgia, y nos permite buscar analogías en medio de la diversidad. Así podemos proponer la existencia de principios básicos comunes y universales en ciertas cualidades inherentes a los metales que trascienden contextos y culturas individuales. Estos principios están fundamentados en la naturaleza misma del pensamiento mítico con su soporte cosmogónico y su carácter totalizador, y se expresan en cualidades de los metales que los sentidos pueden percibir, como el color, el olor, el brillo, la textura y el sonido, cada uno de ellos con cualidades particulares, aunque intrínsecamente relacionados como parte de un contenido simbólico integral.

En el caso de cada metal, se destaca la importancia del color primario que expresa un significado básico según cualidades inherentes y sus relaciones cosmogónicas específicas, que se oponen a las de otros colores básicos. Sin embargo, los metales también reciben la influencia de propiedades secundarias como pueden ser modificaciones significativas en los tonos del color primario, otras coloraciones secundarias que el metal adquiere en circunstancias especiales, las mezclas cromáticas o la influencia del brillo

(o la opacidad) y la textura. El significado primario es entonces modulado, aumentado, disminuido o aun invertido según el contexto específico; estas modulaciones simbólicas, aparentemente contradictorias, son en realidad alternativas coherentes como facetas complementarias de una unidad absoluta e indivisible. Según la visión totalizadora del pensamiento mítico, para que la vida sea posible es necesaria la existencia de condiciones primarias y extremas que se oponen a otras opuestas y complementarias: luz-oscuridad, calor-frialdad, vida-muerte, son ejemplos de estas condiciones, entre las cuales existe una zona ambigua donde todas las mezclas son posibles; de esta manera, cada condición extrema contiene algún componente de su opuesto y, como veremos, las mezclas adquieren una importancia primordial según contextos particulares.

Ante la presencia integral de los principios cosmogónicos básicos delineados anteriormente, que conforman la estructura y soporte de múltiples interpretaciones locales, la selección de metales y tecnologías particulares está ligada al énfasis dado a uno o varios principios escogidos por determinadas comunidades según sus propios sistemas de creencias, su organización social y su cultura, selección que no descarta los principios restantes que son incluidos como complemento.

La asociación de los metales con otros materiales, muy variable según las culturas locales, va más allá de los objetivos de este trabajo. Sin embargo, incluiré referencias a casos específicos en los cuales ciertos metales compartían cualidades con otros materiales o tenían elementos simbólicos complementarios, con el fin de llamar la atención sobre la manera como estos eran fundamentales en la articulación del mensaje simbólico integral.

Las propiedades simbólicas de metales y técnicas y las escogencias de distintas sociedades están en la base de la función social de los variados elementos utilizados en contextos particulares. Estas cualidades se expresarán, por ejemplo, en el uso ritual de múltiples adornos, que transmitían a sus portadores las energías cósmicas; en la distinción de jerarquías sociales; en los momentos de transición en la vida del individuo, como el nacimiento, la pubertad y la muerte, estadios inciertos y peligrosos, durante los cuales la gente debe actuar mediante rituales para asegurar su éxito. El simbolismo de metales y metalurgia en estos contextos siempre expresará la creencia de que los humanos deben actuar para asegurar la continuidad de la vida y la regeneración en el universo, la naturaleza y la sociedad.